



## Mejores preguntas que respuestas en la consulta médica

Ricardo Teodoro Ricci<sup>1</sup>

1. Médico Clínico. Profesor Titular (Retirado) de Antropología Médica- Facultad de Medicina. Universidad Nacional de Tucumán – Argentina.

Correo electrónico de contacto: riccirt@fm.unt.edu.ar

Recibido: 9 de Noviembre de 2023 – Aceptado: 17 de Noviembre de 2023.

Hace cerca de dos años que Facundo puede ser considerado mi paciente. Nunca me gustó el posesivo, sin embargo, en este caso, lo uso sin vergüenza, me parece un modo cálido de afirmar que alguien elige siempre el mismo médico, para mostrar que hemos desarrollado una corriente de confianza mutua que se asemeja mucho a la amistad. Él es estudiante universitario, yo, médico de la universidad; en ese contexto se ha fundado nuestro vínculo, pero hace rato que lo consideramos un detalle irrelevante. Al comienzo de nuestra relación calificué a Facundo de “polisintomático”; uno de esos pacientes que presentan múltiples e inconexos síntomas. La premisa que guía tal taxonomía es: “A muchos síntomas, poca enfermedad”. Es posible que Hipócrates, Galeno, Leriche, Harvey u Osler hayan acuñado esta máxima hace mucho tiempo, no lo sé. Modestamente, me la atribuyo y con frecuencia me cito a mí mismo. Facundo, como todo “Poli”, al principio no confió del todo en mí. Concurrió al reumatólogo quien le colgó el cartel de Fibromialgia y le recetó analgésicos y antiinflamatorios. Fue al cardiólogo quien, después del ECG, la PEG y el Eocordio, consideró que con un Clonazepán bastaba para tratar su precordialgia. Seguidamente, el psiquiatra mantuvo el Clonazepán y agregó Sertralina combinada con un antipsicótico por haber detectado un cuadro bipolar. Durante todo ese *viacrucis* Facundo seguía visitándome los jueves y me fui enterando poco a poco de su historia.

Nacido hace 27 años, criado en La Quiaca, padres separados hace tiempo, mamá docente en esa ciudad del extremo norte, el papá cría llamas y ganado vacuno en Abra Pampa. Van todos los años a la corrida de toros en Casabindo. Hijo único. Vino a la ciudad a estudiar Veterinaria hace unos tres años. Con altísimo costo personal y una disciplina espartana cursa materias del segundo año de la carrera. Cuando lo conocí, estaba encapullado en torno a sus síntomas de tal modo que todo lo demás carecía totalmente de valor. Su vida se limitaba a monitorear permanentemente sus dolores, taquicardias y disneas, además de cumplir con las indicaciones médicas con devoto convencimiento.

En la que se podría considerar una consulta bisagra, me preguntó qué hacer. Acaso de manera algo imprudente, pero convencido de lo que hacía, le sugerí abandonar toda la medicación, ir a aprender a nadar y moverse con soltura en el agua y, de manera urgente,

sociabilizar. Dos semanas más tarde 'el' Facundo (como decimos en el NOA y Cuyo) concurría a la pileta del Club Ferrocarriles Argentinos tres veces por semana, se había incorporado, un poco a desgano, al coro y a un grupo de intercambio emocional y ayuda grupal de una parroquia.

En una visita, dos o tres semanas más tarde, reconoció, con esa exasperante parquedad puneña, que parecía que estar un poco mejor. Me contó con cuidado sus progresos, había rendido parciales con éxito dispar, que se sentía a gusto en el grupo de la iglesia y que disfrutaba de nuestra charla semanal. Un día cualquiera me contó por mensaje telefónico que se había bautizado, lo noté contento, recatadamente contento. En la visita siguiente se atrevió a pedirme que nos tomáramos una selfie con mi celular y que se la enviara. Pocas veces tuve pacientes con la tenacidad, la perseverancia, el compromiso y sobre todo la fidelidad del Facundo.

El jueves pasado se sentó como siempre. Con un pequeño rictus me dio a entender que se encontraba bien, todo en orden pareció decir con ese sutil y fugaz gesto. Sacó un cuaderno de la mochila, uno de esos famosos "Gloria", buscó la hoja cuidadosamente y me miró: "¿Puedo hacerle unas preguntas Doc? Yo, entre divertido y curioso, accedí más que gustoso.

Hago un paréntesis para dirigirme al potencial lector: aquí comienza este relato, hasta ahora solamente hemos hecho un recorrido de presentación, un sobrevuelo de reconocimiento. El núcleo de esta crónica son las preguntas de Facundo, las que traía anotadas en su cuadernito. Vamos a ellas:

**Primera: ¿Puedo correr con mi fibromialgia y mi protrusión discal?** Teniendo en cuenta todo nuestro itinerario, le dije que podía correr cuando quisiera, que no hay inconvenientes. Le recomendé además andar en bicicleta. Comentamos algo más y de pronto pensé y se lo dije: Mirá Facundo, si apareciera por esa puerta Juan Pérez y me hiciera la pregunta que vos me hiciste, es posible que le hubiera contestado que no, o que hubiera sopesado más mi respuesta. Pero no es Juan Pérez el que consulta, sos vos Facundo, con lo que te conozco no me cabe duda alguna de que puedes correr. Antes pondría en duda tus diagnósticos que recomendarte lo contrario. Es bueno que tengas en cuenta que la respuesta médica no está previamente determinada, no hay una respuesta estándar. Todo depende de quién hace la pregunta. Tiene inmenso valor la historia común que hemos construido como médico y paciente. Te conozco lo suficiente como para afirmar sin temor a equivocarme que estás en condiciones de correr.

**Segunda: ¿Cómo puedo hacer para ganar en sabiduría y en inteligencia?** Bueno, pensé, esto ya es otra cosa. Una pregunta enorme que ansía una respuesta adecuada en caso de que verdaderamente la haya. Socializando, le respondí. Las personas logran la sabiduría de diversos modos, en tu caso creo que la vas a lograr exponiéndote permanentemente al encuentro con los otros, con diversos otros. La sabiduría que deseas Facundo, no está obviamente en ningún libro, tampoco en ningún consejero formal. Me parece que lograrás consolidarte como ser humano en medio del encuentro comprometido y la interacción con los otros.

Se mostró confundido, me confesó que él creía que las personas inteligentes, esas que tienen la posibilidad de ser sabias, son aquellas que se destacan en matemáticas o lógica. Hablamos de las inteligencias múltiples, que Mozart es tan inteligente como Einstein, cada uno en lo suyo. Que Messi tiene una inteligencia kinésica y espacial prodigiosa. Que la reflexión, el autoconocimiento, la meditación potencian la inteligencia intrapersonal, que el contacto con los

otros nos prepara para la sabiduría. Que ser sabio es mucho más que ser inteligente, que todo se trata de desarrollar precisamente aquel talento que nos es propio.

Abrió los ojos como un dos de oro cuando le dije que la nota que le pusieran en el parcial que había rendido ayer, no tenía nada que ver con su inteligencia. Que su inteligencia y luego su sabiduría surgirían - a mi juicio, por supuesto - de su apertura a lo social. Como algún recorrido había hecho en este sentido, sabe que lo ha beneficiado escuchar, hablar, disentir, aceptar, proponer, negarse, no ser aceptado, ser discutido, saberse poseedor de una verdad discutible y tantas otras experiencias que surgen del encuentro. Hace tanto tiempo que se sabe que la inteligencia poco tiene que ver con el coeficiente intelectual medido por los test. La educación y la cultura misma nos sugieren modos más libres, amplios y generosos de autoevaluarnos. Modos que nos permiten acceder con mayor libertad, menos obstáculos y sobre todo con menos sufrimiento, a eso que solo nosotros podemos hacer como nadie más puede hacerlo. ¡Le brillaban los ojos!

Facundo es un chico permanentemente ocupado de las cuestiones de la ecología, de la biodiversidad, se interesa por el destino de la basura, concurre de vez en cuando a una reserva biológica y colabora también con el vivero de su facultad. Lo que estudia tiene una relación indirecta con lo que le gusta hacer, él lo sabe. Alguna vez hablamos de otras carreras más afines a sus intereses, pero quiere estudiar veterinaria para darle una mano a su papá en Abra Pampa. Piensa que un médico veterinario puede transformar un emprendimiento pequeño de crianza y engorde de ganado, en una empresa ordenada y eficiente.

En esta charla la sabiduría y la inteligencia andan circulando, no debemos creer que ambas son piedras preciosas que sólo se encuentran en oriente, no, son moneda corriente en billetes de baja denominación. Eso sí, hay que estar atentos a su circulación, a su aplicación y sobre todo a la pertinencia de la inversión, a su oportunidad. No cabe ponerse a opinar sobre ecuaciones diferenciales y cálculos no lineales en medio del griterío de un recital de los Auténticos Decadentes.

**Tercera: El amor, ¿viene cuando menos se lo espera?** Allí me di cuenta de que mi amigo estaba haciéndome preguntas sacadas de un repertorio común, casi de folletín. Pero..., me dije: Me las está haciendo, deben tener un enorme valor para él. ¿Cuántos adolescentes y jóvenes se plantean este tipo de interrogantes de manera superficial, ajena, sin prestarles la merecida atención, sin preguntarse su valor?

¿El amor viene cuando menos se lo espera? ¡No lo sé! Me salió del alma la respuesta. Me preguntó: bueno, pero en su caso ¿cómo ocurrió? Le conté sin mucho detalle mi experiencia. De pronto se abrieron dos derivas que consideré válidas en el contexto de nuestra charla.

1) Tiendo a pensar que el amor de pareja verdadero aparece como un acontecimiento. Sin haberlo previsto ni diseñado, más bien sobreviene sorpresivamente, a veces sutilmente, sin demasiado barullo, otras de manera explosiva, excluyente. Había dado por sentado que es a este amor al que se refería con su pregunta, seguí adelante envalentonado: Insistí. Eso sí, el acontecimiento se produce necesariamente en el ámbito de lo social. Difícilmente, logre manifestarse si uno se halla aislado, mirándose el ombligo o interactuando con el reflejo que le devuelve el estanque.

Me hallé de pronto con la enorme posibilidad de reforzar ese lado flaco que veo en Facundo. La pregunta dio lugar al testimonio. Este tipo de preguntas, o se las considera meramente retóricas y se descartan por tontas, o se contestan desde las tripas. Opté sanamente por lo segundo.

2) ¿De qué hablamos cuando hablamos de amor? Facundo insistió diciendo que él conocía algunos amigos con mucha labia, con mucho verso. Los admira porque él es incapaz de abordar una chica con fluidez verbal, se siente intimidado, le da vergüenza. No confundamos Facundo, una cosa es amar y otra es levantarse una minita. ¿De qué estamos hablando? Pasar un rato gratificante es una cosa, es raro que eso se presente de casualidad y es muy probable que tengas que hacer algo más que esperar o desesperar. Para eso es bueno el verso, el chamuyo, no es necesario amar, no se necesita compromiso ni valorar demasiado al otro. Basta con considerarlo un objeto, un modo vincular muy frecuente, y darle para adelante que lo que importa es la propia satisfacción. Importa sentirse un *Winner*.

Amar es otra cosa, es vincularse con una persona y estar dispuesto a vivir con ella, para ella y por ella. Amor es todo aquello que ocurre cuando un ser humano se relaciona con pretensión de perdurabilidad con alguien que atrapa toda su atención y su voluntad. Es probable que este tipo de vínculo esté más asociado al acontecimiento que al interés y el esfuerzo, más asociado a la sorpresa y a la epifanía que al atrevimiento y la planificación.

#### ***Cuarta y última pregunta: ¿Existe eso de la mejor versión de uno mismo?***

Ahora que lo pienso, más recuerda a una pregunta digna de propaganda de un nuevo modelo de Pick Up. La seriedad con la que Facundo la hizo y el contexto de la consulta, no me permitieron, en ese momento, hacer estas consideraciones. ¿Existe eso de la mejor versión de uno mismo? Nunca había reflexionado acerca de la respuesta adecuada, *mi* respuesta adecuada. ¿No le parece al lector un interrogante digno de plantearse alguna vez en la vida?

Mirá Facundo, no sé qué decirte. No sé a ciencia cierta que eso de la mejor versión de uno, quiero suponer que se trata de la optimización de la singularidad de cada persona. Lo veo como la explosión de lo mejor de cada uno de nosotros durante un determinado tiempo. Viene a ser ese momento en que el talento de cada uno de nosotros alcanza su máxima expresión en una acción concreta que conlleva un efecto positivo en los que nos rodean. Algo que se parece mucho a hacer lo que sé hacer con todos los recursos a disposición, en el momento justo y que produce un impacto positivo en nuestra comunidad y en nosotros mismos. Creo que la mejor versión de uno mismo es un estado tan prístino como fugaz. Puede que dure impoluto durante un tiempo más o menos prolongado, pero la vida misma se encargará de moderarlo y poner las cosas en su lugar. Se me ocurre pensar que se podría denominar de esa manera a aquel estado en el que alguien ha logrado hacer comulgar la teoría con la experiencia, y tiene la suficiente generosidad como para hacer que los demás se vean beneficiados por ese estado o período de su vida. Bien, sea lo que sea, considero que sí, que existe eso de la mejor versión de uno mismo, ¡*BUT!* (pero) que acaso sea muy intangible y pueda pasarnos ante los ojos sin que seamos conscientes de ello. Eso me parece importante, lo que hoy más valoro es que creo que hay 'mejores versiones' de uno mismo, no sólo una y definitiva. Facundo, me lo digo a mí mismo, la mejor versión de vos mismo de los 17 años hoy puede ser considerada cómica o patética. La

‘mejor versión’ de vos mismo en el inicio de tu etapa universitaria puede resultar impracticable cuando egresas o en la práctica profesional. La mejor versión de vos mismo, expuesta en una hermosa guitarra, a la vera de un arroyito cordobés en una noche de luna llena, es inútil a la hora de tomar decisiones de gran envergadura, de esas en que te va la vida.

Me parece que podemos convenir en que las mejores versiones de uno mismo son múltiples, variadas, relacionadas con las etapas de la vida, con los acontecimientos que nos tienen como protagonistas, con lo que esperamos de nosotros mismos, con la vida que hemos proyectado y con el sentido que le damos a nuestros días en este planeta. Es posible Facundo, que tu mejor versión sea nada más y nada menos que la manifestación del sentido de la vida en un acontecimiento concreto que te tiene como protagonista, en medio de una comunidad receptora de ese ‘plus’ de sentido.

Todos los jueves, a eso de las cinco de la tarde, la carroza se transforma en calabaza, y nuestra consulta – charla se termina. Caminamos juntos hasta la esquina, Facundo a la izquierda hacia la biblioteca y yo a la derecha a mi consultorio particular. Tengo unas cuadritas para repasar y pensar en lo ocurrido. De esta potente consulta entresaco varios elementos destacadísimos. El más importante es el valor de la pregunta en un contexto de expectativa máxima. ¡Como si fuera una pregunta al Gurú!

Muchas veces en mi vida recurrí con una enorme expectativa a distintos ‘maestros’, sucesivos maestros o gurús a los que admiraba por su sabiduría. No cualquier sabiduría, sino esa que tiene que ver con las cosas prácticas y relevantes de la vida. Recurrí a ellos en busca de una respuesta que estaba seguro poseían. Creía que la experiencia, los había dotado de un stock de respuestas al que había que apelar como si fuera la estantería de una biblioteca para encontrar la que venía bien para mi interrogante de ese día.

Hoy me tocó desempeñar el papel del Gurú, del Maestro, y ante las preguntas concretas me di cuenta de que no tenía ninguna biblioteca de respuestas a la mano, siendo más moderno, no hay Google que ayude. Allí comprendí como en un estado de iluminación, casi como en un estado de ‘la mejor versión de mí mismo’, que no hay respuestas. Que los anaqueles y estanterías de las respuestas cuentan con algunas pocas herramientas de construcción, que permiten elaborar un esquema, un boceto que acaso sea de utilidad para el consultante. Lo que recibe el “discípulo” no es la consigna que se encuentra en el archivo 647/14-B, es lo que con esas herramientas escasas y una enorme buena intención (en algunos lugares lo llaman directamente Amor), el “Gurú” logra construir para sugerírtelo aquí y ahora, a vos, sólo a vos. Sobre todo *con* vos. En ese contexto de reflexión me surgió esta especie de parentesco, para algunos remoto, entre el Gurú y el médico.

Me di cuenta del inmenso valor de la pregunta. Lo había dicho mil veces en clases y en reuniones. Eso es una cosa, sentirlo emocionalmente y verlo funcionar, es otra muy diferente. La pregunta es la que detona y da configuración a la respuesta. La pregunta, correctamente expresada a la persona adecuada en coordenadas seleccionadas de espacio – tiempo, incluye veladamente la respuesta. ¡Una maravilla! Exagerando un poco podríamos decir que la respuesta es una consecuencia necesaria y suficiente de la pregunta. No es tan así, esto suena a lógica descarnada. Me parece más adecuado afirmar que las respuestas, en general, no les llegan



a los talones a las preguntas, a las grandes preguntas.

Miren, cuatro preguntitas medio trilladas, anotadas con letra dubitativa en una página con rayas azules de un 'prestigioso' cuaderno Gloria. Cuatro preguntas hechas con seriedad demoledora, con urgencia perentoria, con apetito angurriente, son capaces de generar respuestas más o menos adecuadas que permiten seguir adelante. Permiten sobrevivir, porque alivian o al menos, hacen posible seguir pensando y reformulando sintonías más finas. Es por eso que rescato, ahora desde la experiencia, no desde lo declarativo ni conceptual, el enorme valor de la pregunta.

Para cerrar y para que el lector lleve una actividad práctica a su casa, sugiero una 'sencilla' pregunta para ir practicando: "¿Qué es el hombre para que Te acuerdes de él, Y el hijo del hombre para que lo cuides? (Salmos 8:4)